

mente, y luego en Viena, la presencia de un blasfemo, el cual injuriaba con los calificativos más denigrantes y horribles á la Santísima Trinidad. En estas contestaciones, para dar pruebas de lo dicho, envi6se á Lyon, desde Ginebra, un libro sobre la Trinidad que Servet habia escrito á hurtadillas é impreso en Francia. El 15 de Marzo de 1553 tenian ya noticia las autoridades competentes del crimen de Servet; y al día siguiente, habiase ya registrado, aunque inútilmente, la casa de Servet, por los familiares de la terrible Inquisición francesa, los cuales nada encontraron ciertamente, pues aunque tiró mil ejemplares de la obra, recatólos el filósofo con gran sigilo y acertó á libertarlos de las inquisitoriales pesquisas. El 26 de Marzo estaban ya las cartas particulares de la polémica privada, por Servet con Calvino sostenida, en manos de los inquisidores franceses, además de muchas indicaciones respecto al origen, al nombre, al carácter, al oficio del perseguido pensador. Calvino se dejaba llevar en este asunto de una crueldad instintiva sólo comparable á la crueldad de las alimañas carniceras y feroces. Cuantos datos pudo recoger en su memoria sañuda, otros tantos envió á los inquisidores católicos; trocándose de regenerador del humano espíritu en familiar del Santo Oficio. Historia de las ideas de Servet, lista de sus libros, indicación de su nacimiento, resumen de sus luchas con los primeros teólogos protestantes, sumario de sus concepciones científicas, delación hasta de impresores y cajistas, cuanto podía cooperar á que se abriese un proceso y se condenase un reo, todo lo hizo con aquella fingida sangre fría bajo cuya nieve se ocultaban tantos volcanes implacables de rencorosas pasiones. Ya en la cárcel, tuvieronle todo género de consideraciones, adornándole con favores vecinos á la libertad su triste y siniestra jaula. Servet pudo comunicar con los de afuera largamente y á su sabor; pedir cuantos objetos le sugeria la mente ó le deseaba la voluntariedad, tener toda la fortaleza por cárcel como si fuera palacio, pasearse á sus anchas en el inmenso jardín que se asemejaba por su extensión á un bosque, donde podía correr á su arbitrio la libertad más suelta. En tal situación pensó lo que no podía menos que pensar, ponerse pronto en cobro y salvarse á la Inquisición implacable que dulcificaba los procedimientos sin poder evitar una sentencia cruel y un fin desastroso. Pidió ropas á unos, dineros á otros, y en alegre mañana de Abril, cuando apenas rayaba en los bordes del Oriente la rosada aurora, mudóse de traje, dejó su ropilla de paño y su gorra de terciopelo al pie del muro que asaltó con resolución, y dándose después de atravesar el Ródano á correr el campo; llegó á oír las campanadas de rebato, los clarines de combate, el requerimiento de armas, los gritos de las patrullas, todos los acuerdos y disposiciones inmediatos al conocimiento de su inesperada fuga. La suerte que le reservaba la Inquisición pudo verse bien claramente el día 17 de Junio de 1553. Los papeles recogidos, los libros embarcados y la efigie misma de Servet, fueron en haces de leña envueltos y quemados á presencia de la magistratura civil y eclesiástica para mostrar cómo en la barbarie y crueldad de aquellos tiempos toda religión oficial padecía de igual intolerancia y todas las Igle-



LA INQUISICIÓN

Lit. Felipe G. Rojas - Madrid

sias cristianas pedían á los Estados sus potros, sus suplicios, sus sayones y sus verdugos.

Sin embargo, el pobre Servet se fué de Viena y Lyon á Ginebra, y en Ginebra lo cogieron preso. Cuando los vemos, desde las alturas de nuestro siglo, consagrado ya el derecho, establecida y arraigada la libertad religiosa, respetados el pensamiento y la conciencia, parecennos los intolerantes fuera de la humanidad. Para que pueda comprenderse cómo Servet en su candor sublime, creía imposible que una ciudad republicana, Ginebra, persiguiese á los revolucionarios, y que una República liberal y democrática esgrimiera la persecución, baste decir como, al reclamar los magistrados de Viena en sus suplicatorios, su persona, éste se lanzaba, poco menos que de rodillas á los pies de los magistrados de Ginebra, y les pedía que no le mandaran á una muerte cierta. ¡Infeliz! Desconocía, en su inexperiencia sublime, que tan cruel era la intolerancia protestante, como la intolerancia católica. Dilatábase con mil dilaciones el proceso. Primero las iglesias capitales de Suiza fueron consultadas, y para más ilustrarlas y esclarecerlas, extractados los volúmenes más célebres de Servet. El 15 de Septiembre se le presentó á éste con perfidia el con de todos sus errores; cnaon verdaderamente provocativo. El doctor español defendió los que más tenía sobre su alma, el concepto de la Trinidad, y atenuó lo que menos le importaba en aquel momento, algunas proposiciones panteistas. Pero excitado y sobrecitado por la persecución, en vez de temblar bajo el férreo yugo de Calvino, insultóle con creces cual si estuviera libre y en disputa de la que no perdiera su vida. A fuer de buen hijo de su tierra, gozóse con tenacidad en maldecir á quien podía perderle. Como Calvino escribiera una taimada refutación de sus principios á servicio de Ginebra y el Senado ginebrino, contestóle Servet, insultándole con un diluvio de calificativos soeces. A la teoría puramente apostólica del sabio español contra las persecuciones religiosas, invocaba el reformador ginebrino las leyes de Justiniano. Y cuando el filósofo veía estos apotegmas cesaristas lanzados á su cabeza, en nombre de la pura religión y del puro espíritu, enfurecíase su razón y redoblaba sus continuas injurias. De esta suerte, su estado se agravaba más y más cada día. En aquellos desapacibles climas, al comienzo del otoño, el frío y la humedad le azotaban, dándole achaques reumáticos. Sus ojos, anhelantes de luz no podían tolerar la obscuridad. Como le confiscaran el poco dinero traído, moríase materialmente de hambre, y no podía sustentarse con las mezquinas raciones de la cárcel. No contaba ni con una camisa que ponerse. Los piojos lo deboraban vivo y le bebían la sangre. Por no tener, no tenía el infeliz ni lo concedido al más vulgar é infimo de los criminales en el mundo: un procurador, un vocero, alguien que, por puro respeto á los principios fundamentales del humano derecho, le valiese y le salvase. De aquellas iglesias helvéticas, llenas de amor á la libertad, sólo venían palabras dobles, más bien fiscales que piadosas. Sobre la humedad del suelo, bajo la bóveda de aquel calabozo parecido á solitaria tumba, en la paja cuasi podrida, Servet pasó durante aquellos cuatro meses las penas y los horro-

res del infierno. Y sin embargo, no le molestaban tanto sus tormentos y aflicciones materiales como las palabras terribles que de vez en cuando le dirigía Calvino con sañosa furia. Una vez le imputó que no creía en la inmortalidad del alma. El pobre mártir, enterrado vivo, presa de todos los dolores juntos, desoído del Cielo, abandonado del mundo, vió con horror que le querían quitar hasta la fé viva en el único consuelo, y la esperanza única, tras la muerte, la justicia de Dios en la Eternidad. Él, que sentía latir algo imperecedero en sus entrañas destrozadas, alborear algo eterno en sus sienes sombrías, abrirse un cielo de luz y un mundo de esperanza y de vida bajo las piedras de aquella sepultura, volvióse horrorizado contra el infame que trataba de arrancarle hasta el postrer asilo de su alma y el postrer refugio en su deshecho naufragio. En vano dirigía carta tras carta el infeliz á sus verdugos; en vano se quejaba del frío, del hambre, de la miseria, del silencio y del abandono en que le tenían; el corazón había concluído ya de latir en los humanos pechos. Hasta una sentencia de muerte equivalía en este angustioso instante á suprema compasión y piedad. Reuniéronse, por fin, los jueces en últimos de Octubre. Las instancias de Calvino crecían, y la decisión de muchos magistrados menguaba. Algunos de ellos se inclinaban á la reclusión perpetua, otros al destierro, pero Calvino exigía la muerte, y la muerte inmediata. En vano el primer síndico de Ginebra, Perrin, pugnó con todas sus fuerzas para conservar aquella ilustre vida. Débiles, ó fanáticos, los jueces decretaron la pena capital. Se habían celebrado ya los grandes concilios; se habían oído las tempestuosas revoluciones; el mundo entraba en pleno protestantismo; y aún ardían en la tierra misma de la libertad, de la democracia y de la República, las hogueras de los tiranos y de los Césares, para mostrar cuán tardo es el camino de la humanidad hacia su perfeccionamiento, y con qué dificultades tropiezan los divinos pensamientos obre la faz impura de nuestro pobre planeta. El 27 de Octubre, muy á la madrugada, conoció Servet la definitiva sentencia. Como ni un momento la sospechara, quedóse absorto, cual si fuera de él hubiérasele ido el alma. En su emoción, apeló á la lengua nacional así que pudo abrir los labios y desatar el embargo de su voz. «¡Misericordia, misericordia!» gritó el español, como si esta palabra, en el regazo de su madre aprendida, pudiese abrir con más facilidad el cerrado corazón de su enemigo. Servet llegó en esta escena de su pasión y en este trance de su agonía, el infeliz, á uno de esos momentos en que el justo rechaza con terror su cáliz de amargura, y levantando sus ojos nublados á lo infinito, pregunta con clamores angustiosos á Dios por qué le desoye y le abandona. Para mayor pena, todavía no apuntaban los albores de aquella siniestra aurora, cuando ya relucían á la puerta de la prisión los ojos fosforescentes de Calvino. En este minuto sintió el gran filósofo un arrebató de compasión por su verdugo, como si fuera en realidad el reo. Con efecto, las hogueras, los potros, los tormentos, los suplicios, podían descoyuntar los huesos de Servet, consumir su sangre, deshilar sus carnes; pero todo esto, obra debía ser de pasajero momento, mientras que, allá en todos los rincones de la tierra,

en toda la sucesión de los siglos, mientras más crezcan las gentes, mientras más ande la sociedad, mientras más se escriba la Historia, oírse un grito de reprobación eternal contra el inquisidor hipócrita y redomado, que creyó, en la vehemencia de su cólera, poder extinguir una idea, cuando extinguía un alma, y que nunca extinguirá la maldición, unida indisolublemente á su nombre nefasto en todo el curso de los siglos y en toda la redondez del planeta. Lo más horrible, lo más espantoso en Calvino fué que al ver dibujarse allá en los ojos y en los labios de su nobilísimo enemigo la palabra perdón, sólo se le ocurriera á él, completamente despiadado, la palabra retractación. Circulaba demasiada sangre arragonesa por las venas del ilustre doctor para que recogiera ni una sola sílaba de cuanto en sus escritos había dicho, al ver ya remangado el verdugo y ya encendida la hoguera. Poco después de concluído tan extraño diálogo, apareció el lugarteniente de la justicia con gran tropel de gentes armadas, y condujo el triste reo al pórtico del Consistorio. Los siniestros jueces que le ayudaban allí leyéronle, balbucientes y como aterrados de su propia obra, la terrible sentencia. En este momento flaqueó el ánimo de Servet y flaquearon sus piernas, perdiendo por breves minutos la entera posesión de sí mismo. Los horrores del fuego culebrearon, como un rayo, por sus sensibles y agitados nervios. En tal momento, bien propio por cierto, de la humana flaqueza, pidió que le trocaran el hacha por la hoguera. Farel, teniente de Calvino, desmintiendo su generosa complexión, pidióle con crueldad al reo, no sólo vencido, al reo humillado, la infame retractación, indigna de su entereza, y que hubiera extinguido por toda una eternidad el claror inextinguible de tan grande alma, la cual rehecha y recobrada, merced á la imprudencia de sus enemigos, solo se confió ya en el cielo, y sólo invocó el auxilio de Dios. Parece imposible, pero aquellos reformadores que se jactaban de haber purificado el sentimiento religioso, de haber traído las nociones cristianas, de haber despertado la verdadera fe, daban á Servet en rostro con esta invocación constante á Dios como si hubiera otra palabra que mejor contuviera todas las ideas, otro sér, que más abarcara todos los séres, otro consuelo á la tribulación, otra esperanza más dulce para el perseguido y para el mártir. En éstas, yendo desde los vestíbulos del Consistorio al campo del suplicio, había llegado el cortejo á las alturas de Copet, visitadas todavía por cuantos aman la libertad y comprenden la virtud. El cano monte Blanco, rematado por rotondas de nieve, se alza gigantesco á la derecha; el celeste lago, en cuyas orillas resalta el color sombrío de la ciudad, con sus torres góticas, se dilata por los pies de la colina; suben las viñas y vergeles por doquier en gradería; bajan los espumosos torrentes en cascada; y las dos cordilleras, del Jura y de los Alpes, forman colosal anfiteatro, donde todo parece convidar á la libertad y á la vida. Y, allí, sólo se veían verdugos sayones, Judas traidores á la libertad, el rollo feudal, el poste maldito y los haces de leña, hacinados por los que se decían sucesores de los apóstoles y de los mártires. Para más terrible horror, la leña estaba verde y húmeda; triste refinamiento de barbarie.